



El puente de Augusta Emérita (*Mérida*) sobre el Guadiana, se extendía unos 2.575 piés, con sesenta y cuatro arcos circulares y desiguales, todo de piedra. Recorriendo las historias de cada ciudad provincial, se han encontrado monumentos más ó ménos insignes, la mayor parte de los cuales se atribuyen á la época de los emperadores, y algunos todavía subsisten en parte, como los anfiteatros de que ya hemos hecho mencion de Verona, de Arles, de Nimes, de Viena; el de Pola de Istria, casi tan admirable como el Coliseo; otro en Orange, ciudad apenas nombrada, con naumaquia y estadio, y uno de los mayores teatros que se conocen; además de las maravillas de Balbek y de Palmira, otras en la Decápolis de Palestina en las costas de África y en España; el puente del Gard en las Galias, portentosa mole, y los puertos de Arlés, de Nimes, de Narbona, de Autun y de otras partes (1).

Adriano sin duda mandó hacer muchos, siendo tan apasionado por las artes, en que se ejercitaba él mismo y trasportaba ó hacia copiar cuanto veía en sus interminables viajes. Entre las siete maravillas del mundo se cuenta el templo de Cicico, construido de orden suya; terminó el de Júpiter Olímpico, principiando por Pisistrato siete siglos ántes; hermoseó á Roma y á Grecia con muchos edificios; construyó el anfiteatro de Capua y la Basílica Plotina en Nimes, cuyas ruinas son las más notables de las Galias; en Jerusalem, un teatro y varios templos; en Atenas, un panteon con pórtico díptero de castilo con columnas corintias; y en Roma el puente Elio y la Mole Adriana, hoy castillo de Sant-Angelo. Estaba cubierta ésta de cobre, con cuarenta y dos columnas, cada una de las cuales sostenía una estatua, y en la cima una cuadriga con la efigie del emperador, de tales dimensiones, que un hombre podía entrar por el ojo de un caballo (2). Ase-

(1) De aquel tiempo son las columnas de San Lorenzo en Milan, y el templo descubierto poco ántes en Brescia. En el libro siguiente daremos una ojeada general sobre los progresos y la decadencia del arte romano.

(2) Ju. Antioqueno, ap. Saion. en *Sparciano*, pág. 51.

guran que era de un solo trozo, lo cual sólo puede compararse con el milagro de su arquitecto Detriano, que dicen trasportó de un lugar á otro el templo de la Buena Diosa y el coloso de Neron, de pié derecho y suspendido, empleando en esto veinticuatro elefantes.

Tuvo especial gusto Adriano en adornar la quinta de Tivoli, que abrazaba un ámbito de diez millas, con dos teatros, y en la que se habia empleado profusamente el mármol, de cuya piedra estaba formado hasta el lecho del lago, en que se representaban combates navales. Como símbolo material del eclecticismo, que entónces se insinuaba en todo, estaban imitados allí los sitios más agradables y los edificios más grandiosos de Grecia; habianse representado los campos Eliseos, estatuas de todos los países, divinidades babilónica, efigies egipcias, deidades griegas, ídolos etruscos, vasos corintios, y tal vez bajo-relieves indios y porcelanas de la China.

Hiciéronse entónces por imitacion estatuas de estilo griego antiguo, otras de granito rojo á la egipcia; pero bastan para probar que se sabia dibujar con perfeccion las dos efigies de Antinoo, y la estatua del Belvedere, á la cual se atribuye quizá equivocadamente el nombre de éste.

Despues de aquel brillo momentáneo volvieron á decaer las artes, y los Antoninos las descuidaron por la filosofía. Antonino Pio hizo en Lanuvio una casa de campo, de cuya esplendidez nos da una muestra una llave de plata para el agua de los baños, de cuarenta libras de peso. Aceleróse su decadencia con la manía de las estatuas, pues el Senado mandaba á los particulares tener en su casa la efigie de los emperadores. Hermosos monumentos de aquella época son el Marco Aurelio á caballo, colocado en la plaza del Capitolio, y la Columna Antonina, aunque es inferior á la de Trajano por la distribucion de los grupos y por la ejecucion ménos acabada de las figuras, mal compensadas por algunos pensamientos felices, como la Fama, que escribiendo los hechos memorables sobre un escudo, sirve para dividir el dibujo de las guerras germánicas del de las marcomanas.



Multiplicábanse los arcos por las victorias, por los beneficios y por adulacion; pero los bajo-relieves del de Septimio Severo están mal trabajados, aún cuando es muy hermosa su estatua de bronce, que ahora está en el palacio Barberini. Alejandro Severo trató de regenerar las artes, y colocó estatuas de personajes célebres al rededor del Foro Trajano; construyó muchas obras, entre ellas las Termas; pintaba él mismo, é inventó el arte de embutir mármoles de diversas clases (1). Es admirable la arquitectura de los baños de Caracalla: Diocleciano quiso superar en los suyos cuanto se habia hecho hasta entónces; pero no son indicio de un gusto severo los ornamentos de que estaba sobrecargada la bóveda, y que al caer mataron á muchas personas. Tambien es maravilloso su palacio en Espalatro, de setecientos cinco piés ingleses de largo por cada lado, con cuatro calles de treinta y cinco piés de ancho y doscientos veintiseis de largo cada una, que conducian á una plaza en el centro, todas con arcos (2).

Arte moribundo llama Plinio á la pintura en su tiempo (3), aún cuando ensalza muchos cuadros de su época. Él mismo y Vitrubio se quejan del lujo de mármoles llevado al exceso; se adornaban las habitaciones con pórfido, serpentina, mármol verde, rojo, pajizo antiguo, ágata, jasper de todas calidades, realzando el esplendor de los mármoles con manchas artificiales de diverso color, ó á lo ménos cubriendo las paredes con esmalte, todo lo cual hacia inútil la pintura. En los retratos se estudiaban los pormenores más cuidadosamente que el ideal; se labraban con el trépano los cabellos, hechos alguna vez con mármol de color diverso, como los trajes, y adoptando el peinado sin gracia de las mujeres de entónces. Las mismas medallas, que al principio de esta época eran mejores que las griegas, se hicieron bastas y groseras; y sin embargo, las hay muy hermosas, principalmente de Galieno y de Pó-

(1) Lampr., en *Alex.*, 27, 28.

(2) Adam's, *Ruins of the palace of Diocletian, at Spalatro*, 1764. Seb. Ab. Oya., *Termas Dioclet.*; Ambéres, 1558.

(3) Lib. XXXV. 5.

tumo y un medallon de Triboniano Galo. No es de admirar; teniendo á la vista tantos excelentes modelos, podia de tiempo en tiempo presentarse alguno que los estudiase hasta el punto de rivalizar con ellos, lo cual es un hecho aislado, que conviene distinguir bien en la historia del arte, de lo que es verdadero progreso.

Estos restos, que han sobrevivido á las vicisitudes de la naturaleza y de las guerras, despedazados como están por el tiempo y por los accidentes, y divididos de aquellas partes pequeñas, cuya armonía da significacion al conjunto, estaban muy léjos de presentar una idea adecuada de lo que entónces eran las artes y la riqueza, y de revelar los usos de la vida pública y privada, imperfectamente notados por los escritores, que como cosa conocida se contentan con hacer alusion á ellos. Para completar la instruccion era menester que saliesen de debajo de tierra ciudades enteras, y dijese: *Hénos aquí*. El Vesubio, que en tiempos anteriores á toda memoria habia vomitado llamas, se apaciguó durante algunos siglos, hasta que imperando Tito renovó sus erupciones, con las cuales hasta nuestros tiempos no cesó de amenazar los deliciosos contornos de Nápoles. En aquella primera ruina, entre otras aldeas y casas de campo, quedaron sepultadas Herculano y Pompeya, pero de una manera diferente; la primera bajo lava y lapilos inflamados, que refrescándose adquirieron la consistencia de piedras, de manera que es menester la mina para hendirlas; y la otra bajo un polvo terroso y escoria ligera, que se remueve fácilmente.

Diez y seis siglos que habian pasado encima de ellas, aún más que los lapilos y la lava, habian contribuido á borrar su memoria, cuando Manuel de Lorena, príncipe de Elbeuf, queriendo edificar una casa inmediata á Pórticien 1711, y habiendo oido que uno del país habia sacado mármoles de un pozo, compró para sí el derecho de hacer excavaciones en él. El pozo iba á parar precisamente al teatro de Herculano, y sacó de él una estatua de Hércules, otra de Cleopatra, y siete más, que dirigidas inmediatamente á Francia, produjeron la admiracion. Continuando las excavaciones, adquirió finisi-



mos mármoles de África; y después descubrió un templo redondo con veinticuatro columnas y otras tantas estatuas al rededor.

Advertido el gobierno napolitano por la fama con las exageraciones acostumbradas, prohibió á los particulares proseguir, pero no tuvo valor ó medios para continuar las investigaciones á su costa, hasta que Carlos III de Nápoles compró á Elbeuf aquel terreno, en donde haciendo excavaciones, se tuvo la certidumbre de haber descubierto una ciudad.

Pero sobre ésta se habian endurecido ochenta, y hasta cien piés de lava y de lapilos, y encima se habian edificado Pórtici y Resina, que se hubieran debido demoler con sus palacios reales. Hubo, por consiguiente, que limitarse á hacer excavaciones parciales, extraer de cada una lo que más importaba, y en seguida rellenar de nuevo los huecos para no quitar los cimientos á las ciudades. De este modo se descubrieron antigüedades de todo género; frescos, cuadros, frisos, vasos, bajo-relieves, arabescos, las estatuas ecuestres de los cónsules Nonio y Balbo, bronce, trípodes, lámparas, pátaras, candelabros, altares, instrumentos de música y de cirugía, todos los cuales se llevaron al museo Borbónico, no dejando en el sitio sino lo que no se podía levantar. Se reconocieron muchos extensos edificios, templos, un teatro, y el foro cuadrilongo de doscientos veintiocho piés de longitud por ciento treinta y dos de latitud, rodeado de columnas que sostenian un pórtico exterior, mientras que otras cuarenta y dos cubrian el interior, con el pavimento de mármol y las paredes pintadas al fresco. Las calles estaban alineadas, con aceras á cada lado para los que iban á pié.

Hácia el mismo tiempo, el arado de un campesino tropezó con una estatua de bronce, y ésta sirvió de indicacion para descubrir la ciudad de Pompeya (1). Lapilos y cenizas la

(1) En 1669, y las excavaciones principiaron en 1755. Domingo Fontana, que en 1592 guió las aguas del Sarno á la Torre de la Anunciata, debió encontrarse con las galerías en los monumentos de Pompeya que atravesaba. ¿Cómo no tuvo, pues, la curiosidad de descubrirlos?

cubrian, y poco á poco podrá reaparecer entera á la luz. Calles, palacios, teatros y casas reaparecieron ya, y todos en el sér y estado en que fueron abandonados por los desgraciados, sorprendidos por la ruina. Pinturas y mosaicos conservaban intacto su color; encima de las mesas ó en las cocinas esperaban los manjares á los convidados; los vinos estaban en las bodegas; frascos de bálsamos en los tocadores de las señoras; de tal manera, que recorriendo esta ciudad, espera uno todavía que le salgan al encuentro los antiguos señores. Pero estremece aquella soledad, en que sólo unos pocos huesos, aquí y allí esparcidos, recuerdan á los infelices que huyendo recogian sus alhajas y el dinero; esqueletos que aún oprimen contra el seno los objetos preciosos que acaso les costaron la vida; un preso en la cárcel, y un soldado de centinela perecieron, y se encontraron huesos suspendidos aún de las cadenas. En el templo principal, sorprendido el sacerdote por la lluvia inflamada, se armó de un pico, y para salvarse rompió dos paredes, y fué encontrado delante de la tercera con aquel instrumento en la mano, del cual inútilmente habia esperado la salvacion.

Para no perjudicar á tantas obras delicadas, y para que nada se pierda, proceden los trabajos lentamente, de manera, que apenas está descubierta una quinta parte de la ciudad, en la cual hay dos teatros, un templo de Isis, otro de Esculapio, otro griego, una puerta exterior, la calle de las tumbas, el foro, la Basílica, y al otro extremo el anfiteatro.

La rodean murallas pelasgas, y en breve espacio están amontonados edificios que hoy bastarian para una gran ciudad. Tanto como nos superaban los antiguos en magnificencia, nos eran inferiores en comodidad, porque usaban las casas pequeñas y mal preparadas, haciendo la vida al aire, en los patios bajo pórticos y en el foro. Pocas tienen ventanas al exterior, y las que hay son muy altas, para evitar la curiosidad de los pasajeros, lo cual hace monótonas las calles en que no hay tiendas. Parécense todas las casas unas á otras por la distribucion y los adornos; son de uno ó dos pisos, las habitaciones apenas tienen diez ó do-



ce piés, y de catorce á diez y ocho de altas, con poca comunicacion las unas con las otras, como que no tienen ventanas, excepto las que dan al jardín, las cuales acaso estarian reservadas para las mujeres.

Los patios están rodeados de pórticos, aún en las casas más pequeñas, para tomar en ellos el fresco; no se usaba maderaje en la construcción de las habitaciones, excepto para las impostas de las ventanas y de las puertas; el suelo es de mosaico, y el entablamento y las paredes pintadas con figuritas ó con medallones de estuco en bajo-relieve. No hay allí habitacion que no esté adornada con pinturas y mosaicos, representando viandas, libros, utensilios, muebles, historias, segun el genio y el arte del dueño. La del poeta trágico, ocupa una extension de quince metros y el doble de largo, dividida en diez y nueve habitaciones, comprendido el atrio; el mosaico del umbral representa un mastin encadenado, con la inscripcion *cave canem*. Por el corredor se pasa al atrio, patio descubierta, adornado en sus cuatro lados de pinturas, tomadas de la *Iliada* ó alusivas al arte dramático; al rededor se hallan las habitaciones para los forasteros, éstas frecuentemente cubiertas de figuras obscenas, y enfrente de la entrada se halla el *tablinium* ó sala de recibimiento, en donde está pintado un poeta trágico declamando ante dos concurrentes, y en el pavimento un mosaico representa la prueba de una obra, ejecucion muy exquisita.

De aquí se pasa al peristilo ó segundo patio abierto, en el cual hay un jardincito rodeado de un pórtico de siete columnas dóricas, pintado tambien. En el fondo está el larario ó capilla doméstica, con un graciosísimo fauno de bronce, á la izquierda un gabinete de reposo, con Diana, Narciso en la fuente y el amor que pesca. Otra habitacioncita está pintada de paisajes y marinas, y en la pared principal una fila de libros, que probablemente no poseia el trágico más que con el deseo.

Enfrente se encuentra la exedra, ó sala de conversacion, adornada con bailarinas, con frutas y animales, con Leda, Ariadna abandonada por Teseo, y el sacrificio de Ifigenia; al lado

la cocinilla, con todos los utensilios pintados, además de los reales, que comunica con el triclinio, pintado tambien, y encima está el gineceo.

En el templo de Isis están dispuestos los utensilios de las ceremonias; los esqueletos de los sacerdotes, sorprendidos en ellas, aún llevaban los trajes pontificales; los carbones están sobre el altar, é igualmente los candelabros, las lámparas, las pateras para las libaciones, los lectistesnios para la diosa, purificadores adornados de estuco, y un vaso bastante capaz de bronce con las cenizas del último holocausto, mezcladas con la grasa de las víctimas.

La calle del arrabal, espaciosa y alineada, tiene á sus lados en toda su longitud casas de campo, tumbas, asientos circulares de piedra, donde los habitantes iban junto á las puertas de las ciudades hácia la tarde entre los sepulcros de los amigos y de los parientes, para respirar el fresco y ver entrar á los pasajeros. En el arrabal se elevaba la casa de campo en que tanto se complacia Ciceron, y allí cerca la del liberto Diomedes, muy bien conservada, con la puerta elevada sobre una gradería, y á los lados dos columnas, y el patio cuadrado, rodeado de pórticos con columnas, bajo los cuales se abrían las puertas de las habitaciones. Diomedes se habia preparado allí la tumba, y sorprendido por las cenizas, intentó huir con un esclavo, llevándose el oro y los vasos preciosos hácia el mar, pero fué sofocado. En las anchas cantinas, las ánforas están dispuestas junto á las paredes, entre pequeños cordoncillos de cal. Se habian refugiado allí el ama y las esclavas, y allí perecieron en número de 27; la primera pegada contra la pared, con el brazo extendido por el terror, fué rodeada por las cenizas, que endureciéndose al rededor, conservaron su forma.

En el recinto interior de la ciudad, poco distante de la puerta, se halla la casa en cuya fachada se lee el nombre de Salustio escrito con caracteres rojos, donde tambien se fijaban los decretos de los magistrados, las ventas, las almonedas y otros avisos semejantes. El interior era un portento de cuadros, de mármoles



rojos, mosaicos, ánforas y vasos de inmenso precio.

Se diría que á lo más fueron abandonadas ayer aquellas casas; aún invita la muestra de la tienda del mercader; las paredes están como si se acabáran de blanquear, y parece que fué ayer cuando los muchachos al pasar hicieron en ellas sus borrones, ó los soldados escribieron su nombre y palabras insolentes, ó los solicitadores de votos el nombre de un candidato ó los amantes un cumplimiento ó un insulto. Al entrar se lee en el umbral la voz *salve*, y se cree oírla al dueño, á quien no salvó la palabra propicia. Véanse allí pozos en medio de la calle; aquí cloacas que van á parar al mar, en el ángulo de una encrucijada una tienda de boticario con la muestra de la serpiente que muerde una manzana; en otra parte un altar con el águila de Júpiter, expuestos en venta; el almacén de un pesador público, las tiendas de bebidas calientes, correspondientes á nuestros cafés; más allá una casa de disolución, señalada por los priapos esculpidos en ella, y por las palabras *hic felicitas* que revelan la filosofía de aquel tiempo (1).

Dos panes tienen grabados el nombre del panadero, algunos aún no cocidos, otros hechos ya pedazos; en los molinos hay máquinas singulares; en la artesa se halla preparada la harina con la levadura; en el horno una torta dentro de su tartera; en otras partes habas, nueces, aceite, vino, botellas con el nombre de los cónsules, y que probablemente no se bebieron; montones de grano, el cual sembrado germinó, y dió la espiga después de mil setecientos años de sueño vital.

En las habitaciones de las señoras se ven aún alfileres, agujas, dedales, tijeras, almohadillas, ruecas y los adornos femeniles con que las mujeres de hoy aumentan ó reparan la belleza y monedas agujereadas, que las pompeyanas, como las venecianas y las genovesas, llevaban al cuello: en otra parte dados para jugar, pelotas de niños, instrumentos de música y de cirugía, entre los cuales se hallaba

(1) Quizá no era sin embargo más que un símbolo y una palabra de buen agüero.

el forceps para los partos. Se encontraron muchos papiros manuscritos arrollados, que creyendo fuesen carbon se retiraron al principio; pero que reconocidos después, se reintegraron en parte con ingeniosos procedimientos.

No eran ménos fastuosas las tumbas. En la construida por Tuche durante su vida para sus libertos y libertas, y por Minucio Fausto, sacerdote de Augusto y gobernador (*paganus*), encima de la inscripción está el retrato de Tuche, y debajo un bajo-relieve, que representa á un lado la familia y al otro la efigie de los magistrados municipales; junto á él hay esculpida una barca, símbolo del pasaje, y á su inmediación el triclinio para las comidas fúnebres.

Obras enteras se dedicaron á describir estos descubrimientos, y los de diversas estatuas de Baco, de Vénus y de Priapo, las más de madera con la cabeza y las manos de mármol; y si se piensa que no hay habitación en que no se encuentren pinturas; que grandiosos mosaicos (1), los cuales parecerían hoy un lujo en los palacios, sirven de pavimento en las habitaciones de particulares; si se observa la artística finura de los objetos pequeños de lujo, nos quedamos sorprendidos ante una civilización, cuyo poder, saber, genio y riquezas, sólo aprovechaban á una clase privilegiada.

Veían la luz estas maravillas del mundo antiguo precisamente en la época en que se descubrían otras ciudades del Nuevo Mundo, no bajo cenizas y lava, sino entre las inmensas selvas y enmarañados bosques de Méjico, que las protegían con una barrera insuperable, como protegían á estas otras las materias volcánicas.

Quien en las artes no vea más que la forma, deberá creer que de nada les sirvió el cristianismo; pero quien fije su imaginación en el espíritu, verá renovarse el arte á favor de aquél, como todas las cosas. La religión cristiana, que proclamaba de nuevo la fé por estar fundada en la revelación, la esperanza por estar apoyada

(1) Es incomparable el que representa la batalla de Alejandro con Darío.



da en la promesa divina, la caridad por demostrar que todos son hermanos, debía producir necesariamente un trastorno general en las artes, penetrando en lo que éstas tienen de más profundo, la idea, y no destruyéndola sino completándola. No servían éstas para diversion de los afortunados, para placer de los sentidos ni para adorno de la riqueza, sino que debían intervenir en las solemnidades de amor y de dolor, asociarse á toda la civilización para expresar el anhelo de una perfección, cuyo deseo es continuo en esta vida, pero que no se satisface sino en la otra. Dedicado el arte hasta entonces á la materia y á los sentidos, esculpiendo el ídolo ó el monarca, identificando, en fin, la imagen con el Dios, fué aborrecido por los primeros cristianos. Sin embargo, ya en sus principios usaban ellos algunos símbolos, adornaban las tumbas devotas de anaglifos ó concavidades, representando palmas, corazones, triángulos, vides, peces, cruces y especialmente el monograma χ con el nombre del difunto. Se tallaban primero estos adornos y después se llenaban de bermellón, color con que se pintaban la cara los triunfadores y que á la sazón denotaba un nuevo género de victorias.

Está formado el terreno de Roma de producciones volcánicas, de lava endurecida, de peperino de puzolana, excelente para las construcciones bajo del agua, y del travertino producido por los sedimentos del Teverone. Se prestaron estos materiales á la construcción de la ciudad, haciéndose con la lava el pavimento, con el peperino las escaleras, los umbrales de las puertas y los piés derechos de las ventanas, y las paredes con aquella toba sólida y ligera.

Excavándose estos materiales, especialmente junto á la puerta Esquilina, llegaron á formarse grutas profundas y vastísimas, con espirales de calles, y alguna vez varios pisos: otras estaban destinadas á sepultar la gente vulgar en celdillas sobrepuestas á manera de palomar, y aún cuando con la construcción de la quinta de Mecenas gran parte de ellas quedaron rellenas, algunas, sin embargo, se dejaron, y otras se abrieron después.

Condenados quizá los cristianos á excavarlas, adquirieron gran práctica en ello; tí obli-

gados á buscar abrigo y seguridad en sitios ocultos fueron introducidos allí por cavadores convertidos, é hicieron de ellas el lugar de sus reuniones, y la sepultura de los hermanos que subían al seno de Dios. Apóyase esta opinión común en ejemplos iguales de Nápoles, de Siracusa y de París; pero como esto haría muy inciertas las reliquias que se extraen de ellas, y supondría una comunidad de los ritos cristianos con los gentiles, demasiado repugnante al primitivo celo, otros modernos demostraron que las catacumbas cristianas fueron abiertas á propósito por los cristianos, y que los gentiles no tuvieron parte en ellas.

Son, pues, cuevas subterráneas, sin más adorno que los nichos abiertos en los costados, en muchos órdenes, como en los palomares, y de vez en cuando conducen á cámaras adornadas de estucos, y á capillas y celditas en donde se celebraban los sagrados misterios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente Alejandrino, Arnobio y Lactancio, respondían á los paganos que preguntaban en dónde estaban los templos y los altares de los cristianos, que solamente eran agradables á Dios los que se erigen en los corazones. Pero de tales respuestas materiales no puede deducirse que no los tuviesen; solamente que querían manifestar aquellos el aborrecimiento á las supersticiones gentiles, y las catacumbas son un testimonio de que tuvo el cristianismo desde sus primeros instantes iglesias y altares.

Las catacumbas eran el único templo que los cristianos podían construir, como si el arte hubiese debido para regenerarse recorrer el estadio de su infancia, cuando se ejerció en las grutas ántes de salir á cielo descubierto. Después que no fué necesario ocultarse en ellas, fueron veneradas como teatros de aquellas escenas devotas, en las cuales en conmemoración de los difuntos, se preparaban los fieles á seguirlos, y al morir los devotos solicitaban dormir al lado de aquellos santos para participar de su intercesión. Así, pues, fueron frecuentadas hasta el siglo XII, después de lo cual sólo se visitaba aquella á la cual se entra por la iglesia de San Sebastián.

Reinando Sixto V, se dirigió la atención de